

**Ramón Feenstra**, *Democracia monitorizada en la era de la nueva galaxia mediática. La propuesta de John Keane*, Barcelona, Icaria, 2012. **Ramón Feenstra (2012): Democracia monitorizada en la era de la nueva galaxia mediática. La propuesta de John Keane**, Barcelona, Icaria, Reseñado por Vicente Ordóñez, Universitat Jaume I. Reseña recibida: 23 diciembre 2013. Reseña aceptada: 28 diciembre 2014.

Publicado en mayo de 2012, *Democracia monitorizada en la era de la nueva galaxia mediática. La propuesta de John Keane* constituye la ópera prima de Ramón Feenstra. Fruto de una mirada que escruta con precisión la realidad más inmediata, sus avatares, meandros y galerías, el ensayo de Ramón Feenstra destaca por aprehender con claridad y precisión algunos de los elementos que han sacudido, no solo los cimientos de las democracias occidentales, sino también las complejas estructuras del poder político y económico nacional e internacional.

A grandes trazos, como las pinceladas de Benjamín Palencia, *Democracia monitorizada en la era de la nueva galaxia mediática* nos invita a reflexionar sobre el escrutinio público del poder político en un momento en el que los grandes medios de comunicación de masas experimentan un ocaso, quién sabe si definitivo, frente a los nuevos canales de transmisión de la información. Ahora bien, ¿qué cabe entender por monitorización o, más exactamente, por democracia monitorizada? Como el autor se encarga de precisar partiendo del análisis de

John Keane, la democracia monitorizada se caracteriza por la expansión de unos mecanismos examinadores de los centros de poder, de carácter extraparlamentario, que alteran la estructura habitual de la democracia representativa. Una tendencia, por tanto, que provoca que el papel central jugado por los partidos políticos, las elecciones o el parlamento pierda parte de su protagonismo democrático en beneficio de la sociedad civil. Ramón Feenstra no olvida, sin embargo, que esos mismos centros de poder que pueden ser monitorizados por una ciudadanía activa escrutan y monitorizan, a su vez, a la sociedad civil. Hay una cierta tensión dialéctica inherente al proceso de monitorización: si la tecnología informática pone al servicio del poder la posibilidad de observar, controlar y dirigir a los ciudadanos (como actualmente ponen de relieve las acusaciones de espionaje que recaen sobre la NSA, la Agencia Nacional de Seguridad norteamericana), son esos mismos ciudadanos los que pueden monitorizar los centros desde los que se ejerce el poder, denunciar sus abusos y perversiones o señalar prácticas políticas antidemocráticas. Frente a la lentitud,

escasez, unidireccionalidad y homogeneidad de la información *oficial*, la expansión de los nuevos canales de comunicación ha dado paso a la instantaneidad, fluidez, bidireccionalidad o heterogeneidad de una información que escapa al control de las principales corporaciones mediáticas. De todo ello se sigue el valor positivo de la monitorización. Porque si los centros de poder político –y este sería el caso de España– funcionan tradicionalmente desde la opacidad, la monitorización representa la exigencia de una mayor transparencia en los asuntos públicos.

En este punto uno no puede dejar de preguntar si la monitorización será capaz de articular un cambio en la praxis política. Para Ramón Feenstra, la monitorización cobra pleno sentido en la medida en que es capaz de fomentar una actitud crítica que permita cambios sociales significativos. Este sería el caso de Wikileaks, profusamente analizado en el primer capítulo del libro. El medio fundado por Julian Assange se propuso escudriñar a los actores con poder con el objetivo de aumentar una transparencia informativa que ayudara a alcanzar una mejoría de la *salud democráti-*

*ca*. Con tal fin, utilizó las posibilidades que ofrecían y ofrecen los nuevos avances tecnológicos, especialmente internet. Ahora bien: la monitorización parte del principio del acceso universal de la población a los medios de comunicación. Sin embargo, al estudiar la población a escala planetaria uno entiende que la mayor parte de esa misma población no tiene un acceso a estos medios. ¿Qué ocurre con los otros, con los desconectados, con las vidas sin rostro, sin suerte, sin papeles, con aquellos que forman el *residuo*? En el libro se analizan, además de las propuestas de los teóricos que defienden una suerte de utopía democrática posibilitada por internet, las posiciones de aquellos escépticos que cuestionan la capacidad emancipadora de los nuevos canales de comunicación. Una vía intermedia, que sin abjurar de los peligros subraya las infinitas posibilidades positivas de la monitorización, es la que defiende Ramón Feenstra. También John Keane, para quien la democracia monitorizada no es sino una nueva forma histórica de democracia que articula una tipología del escrutinio del poder más activa y dinámica y, por ello, enriquecedora.